

Guillermo Knochenhauer

Anular sin botar a los partidos

Crece en el ánimo social, sobre todo entre los jóvenes, la propuesta de anular el voto el 5 de julio. Nada iguala el desprestigio de los partidos políticos, que bien merecido lo tienen, pero hay que cerrarle el paso a la idea muy peligrosa de desaparecerlos de la vida política del país.

La política es, ante todo, lucha por el poder. En la democracia representativa son los partidos los que la libran como aspirantes a representar a sectores de la ciudadanía en los ámbitos en los que se toman las decisiones que nos afectan colectivamente.

Esa lucha ha adquirido en México profundos rasgos de corrupción e ineficacia, que han abierto una gran distancia entre representantes y representados. En ese amplio espacio cabe el reclamo de movimientos democráticos, pero también la ilusión, alentada por poderes fácticos y fuerzas despóticas, de que la contienda por el poder es un obstáculo al desarrollo que se puede eliminar.

La idea de que se puede acabar con la vida política de la sociedad, sólo sirve para justificar el poder que se pone por encima de cualquiera que pretenda disputarlo. Es la dictadura que reprime la conflictividad política que surge naturalmente de la pluralidad y diversidad de intereses sociales; la tiranía se vale de cualquier medio, incluida la fuerza bruta, para sojuzgar a los protagonistas de esa diversidad conflictiva.

El asunto que hay que preguntarse el 5 de julio es que si la política es lucha por el poder, ¿a quién le estamos pidiendo que nos represente en esa disputa por alcanzar posiciones de autoridad?

El movimiento en favor de la

anulación del voto surge ante el hecho de que la clase política —la que nos “representa” en el gobierno federal, en los estatales y municipales, en el Congreso y en el Poder Judicial— no se ha ocupado con eficacia de las preocupaciones sociales por el deterioro creciente del empleo, de la seguridad y, a final de cuentas, del Estado de derecho y de las instituciones, cada día más incapaces de encausar los conflictos hacia soluciones equilibradas y favorables al progreso, a la movilidad social, a la justicia y a la preservación de las libertades.

Los partidos tienen gran responsabilidad en la pérdida de dignidad del país. Todos ellos están enfrascados en conflictos internos por el poder para repartir cargos y candidaturas, y disponer del dinero que con abundancia sobrada se les entrega para operar. Sus diferencias ideológicas o programáticas apenas son perceptibles.

Además, ahonda el desprestigio de los partidos la manera en que la radio y la televisión los presentan, difusión a cargo de poderes fácticos interesados en disminuir la fuerza de las instituciones del Estado para imponer sus intereses, como de facto lo hacen con frecuencia alarmante.

La decisión de anular el voto —no dejarlo en blanco porque despertaría enormes tentaciones de que otros lo llenen— puede significar un impulso a la democracia o perderse en el anecdotario que haga reír a la clase política. Sin duda es una manifestación de protesta, pero su trascendencia depende de que se convierta en un movimiento ciudadano articulado, con una agenda de demandas concretas.

No puede eliminarse el siste-

ma de partidos, ni puede dejar de tomarse en cuenta que las dirigencias del PAN, del PRD, del PRI y de los otros cinco partidos han puesto por delante la defensa de sus privilegios. Aun así, es posible exigir que se renueve la representación política de la sociedad sobre nuevos compromisos concretos. La propuesta de SOS, movimiento que encabeza Alejandro Martí, es hasta ahora la única y va en ese sentido.

Aunque no se ve, hay que decir que una movilización masiva, articulada en el propósito de forzar a la clase política a que asuma compromisos que interesan a la sociedad, podría conseguirlo como en el pasado se han logrado reformas favorables a la equidad electoral.

El 5 de julio es oportunidad de forzar a la clase política, mediante la anulación de una proporción significativa de votos, a que se comprometa con la democracia y contra el corporativismo que representa Elba Esther Gordillo para mejorar la educación; contra los monopolios para elevar la equidad económica; contra de la concentración de la riqueza y del ingreso para reanimar la movilidad social; contra la corrupción para restablecer la seguridad pública, pero también contra el Estado policiaco.

En el frente internacional, nos urge un compromiso: en contra de la idea tecnócrata de que es posible la “plena integración a Estados Unidos”, para que México recupere la posición que indignamente ha perdido. ☐

knochenhauer@prodigy.net.mx

Profesor de la FCPS de la UNAM

